

Beyond the typological classification: ethnoarchaeology and its passage through the archaeological research.

Eduardo Corrochano Labrador.¹

¹Archaeologist. Oretania Arqueología, S.L. Altagracia st., nº39 (Ciudad Real)
ecorrochanolabrado@gmail.com

Abstract:

The evolution of ethnoarchaeology until now has been turned into a science submitted to different current trending, losing its own meaning and method. Thanks to the analogy we can do several hypotheses which help us to learn more knowledge about the archaeological culture. Today the Ethnoarchaeology of discard is the best advance for the ethnoarchaeological and archaeological methods.

Keywords: *Material culture, archaeological context, systemic context, analogy, archaeological record.*

Más allá de la clasificación tipología: la etnoarqueología y su paso por la investigación arqueológica.

Eduardo Corrochano Labrador.¹

¹Arqueólogo. Oretania Arqueología, S.L. C/ Altagracia, nº39 (Ciudad Real)
ecorrochanolabrado@gmail.com

Resumen:

La evolución de la etnoarqueología hasta nuestros días la ha convertido en una ciencia sometida a las diferentes tendencias actuales, perdiendo así su propio significado y un método. Gracias a la analogía podremos llegar al establecimiento de hipótesis que nos ayuden a aprender conocimientos más críticos de las culturas arqueológicas. A día de hoy la etnoarqueología del abandono supone un gran avance para los métodos arqueológicos y etnoarqueológicos.

Palabras Clave: Cultura material, contexto arqueológico, contexto sistémico, analogía, registro arqueológico.

1. Introducción.

A la hora de estudiar etnoarqueología en nuestro país, no podemos evitar fijarnos en la gran escasez de trabajos sobre dicha disciplina que encontramos en el mundo académico. El carácter anglosajón, y posteriormente francófono, adquirido por la disciplina desde sus inicios, ha abocado a ésta a una cierta escasez de trabajos en castellano. Prácticamente hasta los años 90, dichos trabajos en castellano podían contarse con los dedos. Dado también su carácter de disciplina auxiliar, nos encontramos con un sinnúmero de visiones, teorías metodológicas y críticas, para cuyo entendimiento y comprensión se nos presenta indispensable el uso, conocimiento y manejo de la crítica arqueológica. Esto provocará que continuamente nos encontremos conceptos como estructuralismo, funcionalismo, cientificista o neocolonialismo.

Pero en este trabajo aparecen reflejados especialmente, la obra de Carol Kramer y Nicholas David *Ethnoarchaeology in action*, que en mi opinión es el mejor manual de etnoarqueología escrito hasta ahora.

El término etnoarqueología se encuentra formado por el sufijo *etno-* (del griego nación, pueblo) junto con las palabras griegas *arkaikos* (viejo) el sufijo *-logos* (trabajo, estudio) y el sufijo *-ia* (acción, cualidad). Esto nos llevaría a pensar que esta ciencia versa sobre la acción de estudiar y trabajar sobre pueblos o naciones arcaicos o antiguos aunque, ¿no es eso acaso lo que estudia la arqueología? El término hace referencia claramente a un movimiento interdisciplinar que engloba por un lado las cualidades de la etnología y, por otro, las de la arqueología.

No existe un principio claro por el que poder dar comienzo a la narración de los orígenes de la etnoarqueología. Esto se debe a que entran en consideración diversos factores tales como ¿quién utiliza el término por primera vez?, ¿quién usa por primera vez dicho término tal y como lo entendemos ahora? o ¿quién lleva a cabo por primera vez estudios con metodología etnoarqueológica o se autoproclama etnoarqueólogo?

El término etnoarqueología fue acuñado como tal hace ya más de cien años, a principios del siglo XX, aunque no se refería por supuesto a la compleja disciplina tal y como hoy la entendemos, sino que nació de manos de estudiosos de la antropología que comienzan a darle una mayor importancia a la cultura material de los pueblos objeto de sus estudios. El honor de ser el primero en acuñarlo se lo disputa, por un lado, Jesse W. Fewkes, que en el año 1900 se encontraba realizando estudios basados en la etnia Hopi y su cultura material ritual. Por otro lado, tenemos a los investigadores Oswalt y VanStone que trabajaron sobre cultura material de ocupaciones esquimales a finales del siglo XIX y principios del XX. A partir de aquí antropólogos y etnólogos de todo el mundo comienzan a fijarse poco a poco en los entresijos de la cultura material.

Pero sin lugar a dudas son Maximine Kleindiest y Patty Jo Watson los que, en el año 1959, plantean un concepto claro de etnoarqueología más similar también al que hoy en día se utiliza. Su estudio en Irán *Arqueología de la acción: el inventario arqueológico de una cultura*

viviente revolucionó el concepto y dio paso al método que pronto denominaríamos analogía arqueológica. El concepto nació al realizar Watson un estudio sobre los poblados *basseri* en Irán, cuya arquitectura recordaba en gran medida a la del Neolítico iraní de la zona. Por ello Watson (formada como arqueóloga) realizó la investigación profundizando en el concepto de comparación etnográfica. Éste estudio no sólo revolucionó el principio de la etnoarqueología, sino que supuso un importante impulso para el nacimiento de la *New Archaeology* de la mano de Lewis R. Binford (González Ruibal, 2003), como veremos más adelante.

2. Definición y concepto.

Comenzaremos a vislumbrar las diferentes visiones u opiniones que tienen los distintos investigadores de la disciplina. Aunque a simple vista las definiciones puedan parecer similares, o incluso idénticas, encontramos siempre detalles que generalizan, o al contrario particularizan, el campo de trabajo de la etnoarqueología.

Para explicar esta gran cantidad de definiciones, es primordial fijarnos en el mismo carácter de la disciplina. La etnoarqueología es una disciplina que carece de método definido o generalizado, lo que provoca una infinidad de usos muy dispares que le otorgan en principio un carácter muy “personal” propio de cada investigador. De ahí que la reflexión de cada autor vaya dirigida de algún modo hacia unos estadios de conocimiento diferentes, de la misma forma que un carpintero y un herrero no definen igual un martillo, a pesar de usarlo ambos para cosas muy similares.

Dentro de las múltiples definiciones, cabe destacar cómo las explicaciones de etnoarqueología varían en gran medida no sólo según el nivel de especialización de la obra; como cabría esperar los autores de manuales arqueológicos no centrados en la etnoarqueología tienden más hacia definiciones generales, mientras que los especialistas tienden a un desarrollo mayor en lo referido a sus objetivos principalmente. Ocurre que también se puede llegar a observar la influencia mayor o menor, por un lado, de la arqueología procesual y, por otro, de la postprocesual. Aunque tratándose de los estudios actuales, todas tiendan hacia unas explicaciones que mezclan ambas tendencias, siempre es posible ver atisbos de funcionalismo o simbolismo (tendencias de las que se acusa a ambas escuelas).

Según Víctor M. Fernández (1994) podemos dividir las múltiples definiciones más tradicionales de etnoarqueología en dos grupos: por un lado las que la ven como un estudio de carácter etnográfico para la contribución a la interpretación arqueológica y, por otro lado, aquellas que entienden a la etnoarqueología como toda relación entre arqueología y antropología (González Ruibal, 2003).

Una de las definiciones más susceptibles de ser analizadas es la que realizó P. Pétrequin, uno de los grandes teóricos de la etnoarqueología, en 1996. En ella habla de la etnoarqueología

como una “estrategia de investigación” destinada a completar las técnicas de comparación arqueológica a fin de lanzar hipótesis que deberán ser contrastadas con los hallazgos arqueológicos (Vázquez Varela, 2000). Es interesante por su idea de etnoarqueología como una ciencia auxiliar de la arqueología, consideración que no es admitida por todos los autores, aunque sí por un gran número. Hay que reseñar que Pétrequin no hace referencia al estudio de “poblaciones preindustriales” o “primitivas”, alusión que en muchas otras definiciones encontramos como algo fundamental. También destaca especialmente la definición de Pétrequin al no hacer alusión a la “cultura material” de forma específica. Podríamos situar esta definición dentro del primer grupo de los realizados por Víctor M. Fernández.

Como ya hemos dicho, dentro de las definiciones y descripciones de etnoarqueología por parte de distintos autores, se puede observar las tendencias hacia las que se enfocan posteriormente sus estudios. Estas tendencias, no sólo se reflejan en la época de la cultura que es objeto de sus estudios, sino también el área a la que se adscriben (Prehistoria, Historia Antigua, Historia Medieval...) También afecta, como es lógico, el tipo de estudios que afrontan, ya sea de formación del registro arqueológico o dentro de ámbitos más simbólicos. Aunque, por supuesto, se observan especialmente influencias de los dos grandes movimientos ideológicos que han contribuido al marco teórico de la etnoarqueología: la arqueología procesual y la arqueología postprocesual.

He tomado como referencia, por un lado, la descripción dada por Alfredo González Ruibal por parecerme la más acertada y menos “contaminada” por la arqueología procesual o por un postprocesualismo excesivo. De modo que González Ruibal nos la describe como:

“es el estudio arqueológico de sociedades generalmente preindustriales, con el objetivo de producir una arqueología más crítica y menos sesgada culturalmente, de generar ideas que favorezcan el debate arqueológico y de contribuir al conocimiento de las sociedades con las que se trabaja, teniendo en cuenta sus tradiciones, ideas y puntos de vista” (González Ruibal, 2003: 12).

Así como la definición que encontramos en el libro de Carol Kramer y Nicholas David, que me parece la más adecuada dentro de los manuales específicos de etnoarqueología:

“ethnographic fieldwork carried out with the expres purpose of enhancing archaeological research by documenting aspects of sociocultural behavior likely to leave identifiable residues in the archaeological record” (Kramer y David, 2001: 12).

Por último resaltar la definición realizada en *Diccionario de Arqueología* de Riccardo Francovich y Danielle Manacorda, editores de esta obra, aunque la definición la firma Massimo Vidale. Se trata de una definición muy acorde con los tiempos actuales y el futuro de la etnoarqueología, especialmente en lo que se refiere al estudio del abandono, al igual que la de Kramer y David:

“Etnoarqueología. Campo de estudios que se propone integrar la investigación arqueológica y las comparaciones, interpretaciones y explicaciones directamente extraídas de la observación de la realidad viva de una sociedad y de contextos sociales contemporáneos” (Francovich y Manacorda, 2000: 140)

3. Arqueología Procesual y Postprocesual: hacia la etnoarqueología moderna.

La etnoarqueología, tal y como la conocemos hoy en día, sería inconcebible de no ser por el nacimiento de la arqueología procesual y la arqueología postprocesual. Estos dos puntos de vista otorgaron, a lo largo de los años y tras innumerables debates y publicaciones, una gran profundidad a la crítica metodológica con la que actualmente cuenta la disciplina etnoarqueológica. Con el paso de los años, esta crítica metodológica ha ido aportando una gran cantidad de métodos diferentes así como formas de interpretar los hallazgos arqueológicos. Esto afectó especialmente a la visión de la etnoarqueología, observándose cómo se multiplican los trabajos durante la década de los 80 y especialmente durante los años 90. Actualmente y como hemos visto en el apartado anterior, los estudios de etnoarqueología aún se encuentran divididos entre ambas posiciones, si bien es cierto que la gran mayoría de trabajos tratan de englobar lo que parece más adecuado de cada uno de estos paradigmas para sus investigaciones, siendo pocos etnoarqueólogos los que se sitúan actualmente en una posición firme y concreta.

The New Archaeology y la etnoarqueología.

A partir de los años 60, el descontento dentro de la comunidad científica arqueológica se multiplicaba. Dentro de esta corriente de descontento se genera el movimiento *The New Archaeology*, que protagonizarán jóvenes investigadores como Lewis R. Binford y David L. Clarke. La arqueología procesual se enmarcará dentro de la lógica neopositivista de la Nueva Arqueología (González Ruibal, 2003). Esto implicaba, dentro de la propuesta de Binford y sus seguidores, comenzar a fijarse en los métodos llevados a cabo por las ciencias “físico-naturales” para dotar a la disciplina de un carácter más científico. Pretendían explicar más que describir (Renfrew y Bahn, 1993)

Este tipo de métodos de otras ciencias llevaban consigo el problema del experimento o reproducción, ya que los datos extraídos de un contexto arqueológico no pueden ser sometidos a una experimentación o reproducción simulada. Es por ello por lo que la Nueva Arqueología aboga por métodos como la arqueología experimental, los nuevos sistemas de datación (como el Carbono14) o la etnoarqueología, que fue de vital interés especialmente para Lewis R. Binford.

Estos planteamientos aparecen no sólo en las obras de Binford pues en Gran Bretaña David L. Clarke también desarrolló planteamientos similares. Encontramos estas ideas en su libro *Arqueología Analítica* (1968). En él Clarke explica cómo la Nueva Arqueología tenderá hacia la mezcla de técnicas de muchas otras disciplinas observando su interés por las técnicas

cuantitativas y el uso de una tecnología que empezaba a emerger por aquél entonces: la informática. La geografía o la antropología serán disciplinas que adquieran un nuevo significado para los “nuevos arqueólogos”. Clarke también escribe en 1973 un artículo en el que reflejaba en su opinión lo que denominó la “pérdida de la inocencia” o, cómo con el nacimiento de la Nueva Arqueología, el arqueólogo había dejado de ser un inocente coleccionista de antigüedades, para convertirse en un auténtico científico

El objetivo de Binford era el de alcanzar o desarrollar teorías contrastables como las de la física, que cualquier otro investigador pudiera discutir para así aumentar el carácter crítico y científico de la arqueología, huyendo de las interpretaciones de grandes personalidades del mundo académico, cuya palabra era tomada por dogma y sus teorías no eran contrastadas por el resto de la comunidad científica. Se trataba de validar las teorías y dar lugar a unas nuevas. Esto le llevó a tratar de desarrollar un método basado en la acumulación de reglas universales y transculturales aplicables a todas las sociedades humanas. Esto se llamará *The Middle Range Theory* o Teoría del Alcance Medio. Para el desarrollo de estas teorías le será fundamental la profundización y utilización de la analogía etnográfica.

Una de las principales críticas vino al generalizarse los estudios en relación a la nueva propuesta de Binford. El desarrollo de estas teorías y reglas transculturales acabó por convertirlas en meras evidencias culturales. La crítica vino motivada no sólo por el hecho de que fuesen conclusiones evidentes, sino porque además, que algo sea evidente no significa que sea cierto y ni mucho menos que se pueda extrapolar a todo el género humano y en este caso tampoco a todas las sociedades de cazadores-recolectores, por ejemplo.

Dentro de la estrategia que había creado, Binford trató de utilizar sus conclusiones para aplicarlas al yacimiento Musteriense francés en el que trabajaba: *Pincevent*. Binford pensó que podría utilizar los paralelos etnográficos entre las sociedades musterienses cazadoras-recolectoras con poblaciones cazadoras-recolectoras actuales, como era el caso de los *Nunamiut*. En su trabajo, que llevaba por título *Nunamiut Ethnoarchaeology* (Binford, 1978), desarrolló un amplio estudio dividido en las diferentes estaciones del año y la actuación de dicha etnia en cada una, haciendo especial hincapié en la descarnación de huesos de animal (el caribú por ejemplo), así como en la localización de “mataderos” para las partidas de caza, etc. El estudio se encuentra poblado por gráficas y tablas cuantitativas, características del movimiento proclamado por Binford.

Algunas críticas que recibió Binford, estuvieron relacionadas con lo que muchos llamaron una visión demasiado “externalista”, ya que éste no llegó a involucrarse realmente con la tribu, sino que tomaba sus propias conclusiones sin tener en cuenta la opinión de la población objeto del estudio. Algunas otras fueron enfocadas sin embargo más hacia el paralelismo etnográfico de la población *Nunamiut* con el Musteriense francés o de cualquier otro lugar.

4. Una alternativa: Arqueología postprocesual.

Se trata de una teoría y metodología nacida exactamente como alternativa a la arqueología procesual de Lewis R. Binford. Surge a finales de los años 70, pero comienza en el año 1982 con la publicación de los escritos del que será su principal ideólogo, Ian Hodder.

La arqueología postprocesual no podría entenderse sin la procesual. Tanto es así, que las principales bases de la teoría son a su vez las principales críticas que lanza hacia la corriente procesual. Una de las principales críticas se orientaba hacia la rigidez nomotética de la arqueología procesual, esto es, la firmeza de planteamientos generalizados entre poblaciones etnológicas y arqueológicas. Estas teorías generales y transculturales por las que abogaban en la corriente procesual no podían ser tales en tanto que cada cultura ha sufrido un desarrollo histórico y, por lo tanto evolutivo y tecnológico, en función de su tiempo y hábitat y no se pueden extrapolar a culturas que pretendemos estudiar y de las que no somos conscientes de toda su envergadura. Éste es uno de los planteamientos postprocesuales más básicos y significativos: cada cultura es única y tiene su propio desarrollo y todas sus actividades están influidas en mayor o menor medida por su mundo simbólico. Éste planteamiento ataca frontalmente la *Middle Range Theory* de Lewis R. Binford.

En relación a esto, vemos cómo la etnoarqueología postprocesual defiende el estudio del contexto en el que son extraídos los datos. Esto llevará a un aumento de estudios dentro de las superestructuras de una sociedad, como los aspectos ideológicos o del mundo de los símbolos (González Ruibal, 2003) Los caracteres ideológicos y simbólicos de una sociedad cobrarán así importancia, utilizando técnicas propias de la antropología en algunos de los casos, como por ejemplo entrevistas. Conceptos como atributos femeninos o masculinos comenzarán a generalizarse para dar explicación a comportamientos concretos, huyendo del funcionalismo característico de la arqueología procesual.

Así, como ya hemos visto, se generaliza la metodología característica de la antropología social, con entrevistas a los integrantes de la población objeto del estudio. Las opiniones y concepciones de la sociedad comienzan a importar sobremanera. No existe nada libre de significado cultural (González Ruibal, 2003). La propuesta de Hodder estará unida a una mayor participación de los investigadores en la vida y actividades de la tribu con estancias de larga duración con la misma.

Aunque por supuesto dichos postulados no están enfocados tan sólo a la cultura material sino a toda la superestructura social y simbólica de la que se compone un grupo. De tal forma que siguiendo los pasos marcados por Hodder, encontraremos características que se le escaparían a las técnicas más epistemológicas o funcionalistas de la arqueología procesual.

“En Tigray, los campesinos distinguen tres tipos de suelos que se trabajan de forma diferente según el valor no sólo agrícola sino también social que se les atribuye [...] De hecho un 57% de los criterios que se manejan a la hora de adquirir una parcela son de tipo social”. (González Ruibal, 2003:77)

Por supuesto, y al igual que la arqueología procesual, esta nueva teoría se vio sujeta a críticas internas y externas de su concepción del método científico. Una de las principales objeciones que se vio a esta corriente, fue su concepción subjetiva de las relaciones y actividades humanas, así como su rechazo de la contrastación. Dado que, si tomásemos al pie de la letra las tesis de Hodder y llegáramos a la conclusión de que ninguna cultura es igual a otra o que planteamientos tecnológicos dentro de la cultura material no pueden repetirse en sociedades de diferente hábitat y momento histórico a pesar de similitudes en sus bases económicas (cazadores-recolectores por ejemplo), estaríamos entrando en un relativismo metodológico por el cual ningún tipo de comparación sirve en absoluto. Y por lo tanto el uso de la inferencia etnoarqueológica no es necesario.

Estas premisas de la arqueología postprocesual las concretó Ian Hodder en un estudio que realizó en el lago Baringo en Kenya. El estudio se basó en la cultura material de las tribus que habitaban dicho lago: los *Tugen*, *Njemps* y *Pokot*. Dicho estudio reveló que los pendientes de las orejas no eran utilizados por estas tribus como simples adornos decorativos, sino que mostraban a qué tribu pertenecían. Por otro lado, esto no ocurría con otros elementos de su cultura material, ya fuesen adornos o de cualquier otro tipo. El estudio trataba de demostrar y de algún modo demostró, cómo la cultura material puede afectar de una forma más significativa aún que desde un sentido económico. Con este tipo de conclusiones ejemplificó sus teorías y críticas en torno a la teoría procesual y sentó las bases de la postprocesual.

5. Teoría y metodología arqueológica:

“En la actualidad, no existe un consenso de metodología etnoarqueológica, lo cual deriva de una falta de acuerdo en la teoría que fundamenta la disciplina y que no tiene que ver con la naturaleza de la generalización y la analogía” (González Ruibal, 2003: 23). En esta cita encontramos una excelente reflexión de la situación actual del método referido a la etnoarqueología. La disciplina etnoarqueológica no se encuentra aún definida de un modo claro y aceptado por toda la comunidad científica, causa y consecuencia a la vez de la actual precariedad de su difusión del método. De esta forma, trataremos de adentrarnos en las diferentes vías y caminos tomados por los más eminentes investigadores de la disciplina, para tratar de obtener una amplia visión de la enorme riqueza de puntos de vista.

De esta forma, podremos hablar de un entramado de metodología general, desarrollada por una parte de la arqueología, etnografía o antropología, como serán la realización de fichas, entrevistas o la analogía como punto principal. Y en segundo lugar, encontraremos aquellos

métodos y teorías desarrollados por autores individuales y que no son llevadas a cabo por la totalidad de la comunidad científica.

5.1. Metodología general. La analogía.

El método etnoarqueológico se basará siempre, y a grandes rasgos, en lo que llamaré a partir de ahora, paralelos etnográficos. Esto es, realizar comparaciones entre los datos extraídos de poblaciones etnográficas dentro de un contexto sistémico y los extraídos de poblaciones arqueológicas. Entendiendo un contexto sistémico y dinámico como el contexto en el que la cultura material y el registro arqueológico se encuentran en pleno uso (dentro de una cultura viva) frente al contexto arqueológico o estático.

De esta forma, se tratará de enfrentar los datos para llegar a la construcción de una analogía que nos permita deducir elementos de la cultura arqueológica a través de nuestras observaciones de una cultura etnoarqueológica. Aunque estos paralelos se basan en una serie de características que posee el género humano, por supuesto han sido objeto de debate. En su mayoría descansan en el supuesto de que comunidades de economías semejantes, en climas y condiciones similares, llegarán a realizar soluciones parejas para problemas de la misma naturaleza. O como ya hemos hablado anteriormente, lo que Colin Renfrew denominó como “el proceder más conveniente”. “At any one time a site is a component of a settlement system and as such is likely to be functionally differentiated from some other contemporary sites” (Kramer y David, 2001: 92).

Muchos autores han tratado de estudiar la naturaleza de estos principios y establecer tablas tipológicas y definiciones, coincidiendo la mayoría en aquellas comparaciones que tengan características de continuidad o no. Esto es, poblaciones etnográficas actuales que compartan el territorio, descendan de las arqueológicas o compartan una familia lingüística o cultural, estableciendo un principio de cierta continuidad. Un ejemplo de esto fue la investigación llevada a cabo por Colin Renfrew, en la que realizaba una analogía entre los indios Pueblo y las poblaciones calcolíticas europeas, como sociedades agrícolas desarrolladoras de rituales y simbolismo, en éste caso sin continuidad una de la otra.

Por ello encontramos como punto principal y culminante dentro del método etnoarqueológico la analogía. Sin duda, se trata del elemento común de toda investigación etnoarqueológica dentro de cualquier tipo de escuela o estilo. A pesar de ello, la analogía no se encuentra privada de un intenso debate en torno a su naturaleza o su adecuado modo de empleo. Tanto es así que, al igual que en la etnoarqueología, encontramos diferentes definiciones o métodos de uso a lo largo de la historia del desarrollo de la disciplina.

“Toda arqueología está en buena medida basada en argumentos analógicos” Esta cita del profesor Manuel Gándara nos ayuda a comprender que la analogía no es sólo fundamental para el uso de la etnoarqueología sino también para la arqueología dado que la analogía es utilizada continuamente en las investigaciones arqueológicas. Nos encontramos estudios como los de

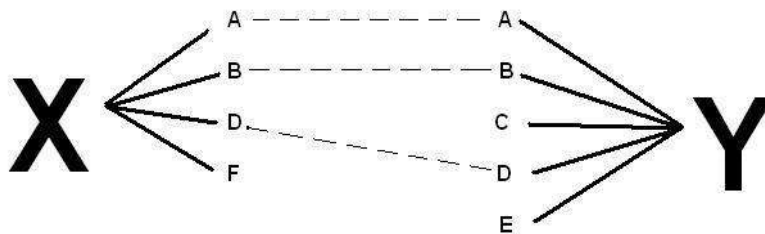
Leroi-Gourham sobre las pinturas rupestres de los pueblos esquimales, en los que llegaba a la conclusión que las representaciones de focas y renos hacían alusión a atributos femeninos y masculinos, relacionados con sus famosos estudios sobre las pinturas rupestres prehistóricas (aunque él jamás hizo alusión a tal relación). De la misma forma también realizamos un ejercicio de analogía al interpretar una hilada de piedras como un muro, suponiendo que lo que hoy en día interpretamos como muro sea válido para el pasado también (Gándara, 2004).

Es, por tanto, de capital importancia llegar a una conclusión en torno a la naturaleza de la analogía, para lo cual aceptamos la definición de Lewis R. Binford: debe de ser considerada solamente como un mecanismo para generar hipótesis y la “validez” o “verdad” de estas hipótesis no depende de la manera en que se generan, sino de la historia de su contrastación. Esto es, no recaer en el error de pensar que por el hecho de que una hipótesis parezca tener validez, deba ser cierta, dado que el hecho de que las cosas coincidan no implica su verdad, sino que lo interesante está en continuar con la investigación hasta llegar a unas conclusiones lo más irrefutables y críticas posibles. “Analogy in the other hand is a form of inductive inference, and inductive inference all the premises can be true and yet the conclusion drawn from them false...” (Kramer y David, 2001: 44).

Carol Kramer y Nicholas David realizan en su libro *Ethnoarchaeology in action* una estupenda programación de pasos a seguir a la hora de utilizar la analogía relacional, que es la que consideran más correcta puesto que “*Analogies by enumeration implicitly assume, but do not demonstrate, the existence of underlying relationship. Relational analogies are stronger because founded upon the casual mechanisms that determine the presence and absence of attributes*” (Kramer y David, 2001: 45). Utilizan para ello el supuesto de poseer una cultura arqueológica, a la que llamaremos cultura sujeto (*culture subject*), y una cultura etnográfica o cultura fuente (*source culture*). De esta forma, comparamos uno a uno los atributos poseídos por cada una de ellas y los coincidentes entre ambas. Así, observamos que la cultura sujeto, comparte una serie de atributos con la cultura fuente. Esto puede ser debido, por un lado, al principio de continuidad por el cual la cultura fuente sea de alguna forma heredera, o desencadenante de la sujeto o, alguna vez en el tiempo pasado, poseyera una versión de la cultura sujeto. A continuación, hemos de observar los atributos que de alguna forma difieren entre una cultura y otra. La existencia de estos atributos es la que debe de ser debidamente estudiada y contrastada, de forma que podamos llegar a conclusiones tales como: su existencia se deberá, en el caso de la cultura sujeto, a que la cultura fuente ha podido llegar a poseerlo pero de algún modo se ha perdido. En el caso de la cultura fuente, los atributos que posee sin que posea la sujeto, pueden deberse al surgimiento de mecanismos a lo largo de su historia que hayan provocado el desarrollo de diferentes procesos y por lo tanto a la generación de nuevos atributos o a que aún no hemos encontrado esos atributos en la cultura sujeto. Conforme se vaya desvelando las relaciones entre estos atributos y sus culturas, el valor de la analogía aumentará significativamente y por lo tanto la hipótesis será contrastada poco a poco (Fig. 1). A lo que podríamos añadir la visión de Manuel Gándara.

“El argumento propone entonces que la probabilidad de que las propiedades presentes en el conjunto base [llamado por nosotros cultura fuente] estén también presentes en el conjunto meta [llamado por nosotros cultura sujeto] es una función de probabilidad de que el conjunto base ocurra con una cierta regularidad con todas sus propiedades. De ser cierta esta premisa, entonces se puede postular, que las propiedades no observadas en el conjunto meta probablemente están/estuvieron contenidas en él, a partir de que las propiedades generalmente ocurren juntas” (Gándara, 2004: 16).

Aunque, por supuesto se trata de una afirmación basada en los principios procesuales ya nombrados, según los cuales culturas sometidas a similares problemas en similares hábitats, llegaran a soluciones parecidas. “No se trata solamente de que entre el conjunto de referencia y el conjunto meta haya suficientes similitudes, sino de que no existen, por otro lado, importantes disimilitudes que reduzcan la probabilidad de la inferencia inductiva” (Gándara, 2004: 16).



Siendo "X" la cultura arqueológica o "cultura sujeto" caracterizada por los atributos "A", "B", "D" y "F"
Siendo "Y" la cultura etnográfica o "cultura fuente" caracterizada por los atributos "A", "B", "C", "D" y "E"

Figura 1: Representación esquemática de la analogía entre dos culturas.

Teniendo claro la naturaleza y la función de la herramienta analógica, podemos pasar a los diferentes tipos o categorías en los que los investigadores las separan para su utilización y estudio. Para ello utilizaremos la división realizada por el profesor Jorge Onrubia Pintado (Onrubia Pintado, 1987).

Por un lado, tenemos la *microanalogía*, que se corresponde con la analogía formal de Ian Hodder. Se trata de una de las más dudosas, puesto que no se aplica entre culturas ni atributos de las mismas, sino en tratar de hallar el uso al que fue sometida la cultura material a partir de su parecido con objetos actuales. Se critica su falta de credibilidad, al poder ser esas asociaciones fortuitas. Que para nosotros un objeto parezca tener una serie de atributos por semejarse a otro

artefacto utilizado en la actualidad, no implica que su uso sea el mismo. Se trata de uno de los principales problemas de este tipo de analogías, relacionadas en ocasiones con la visión capitalista y colonialista de los investigadores, de la que ya hemos hablado.

En segundo lugar, la *analogía cross-cultural*, “analogía de pretensiones globalizadoras [...] Tendente a leyes transculturales” (Onrubia Pintado, 1987). Muy criticada, dado su carácter funcionalista y globalizador. Fue Michael Schiffer su máximo exponente en 1976. Está relacionada con las teorías de alcance medio desarrolladas por Binford y estudiadas por Schiffer que descansan en principios de analogía entre culturas sin un aparente principio de continuidad, por ello es objeto de críticas. A pesar de las mismas, se trata de una de las más útiles e “inevitables” al fin y al cabo, dado que no siempre encontraremos una cultura continuadora de la estudiada, con la que poder realizar un paralelo etnográfico.

Por último, la *analogía contextual*, “modelo alternativo postulado por Ian Hodder, que tiende a contemplar aspectos tanto funcionales como ideológicos de las sociedades vivas tradicionales” (Onrubia Pintado, 1987). Contraposición realizada por el bando postprocesual a la anterior, trata de salvar las críticas realizadas hacia la *analogía cross-cultural*, pero cayendo en otros fallos, al ser demasiado específica principalmente. Que no se puedan basar las investigaciones en modelos generales, no implica que hayan de ser todos específicos y no se puedan extraer conclusiones válidas para varios territorios.

Por supuesto, la analogía, dentro de cualquiera de sus tipos, ofrece importantes problemas que han de ser, y son, debatidos y estudiados con el fin de llevar este concepto a límites cada vez más críticos y claros para todo el mundo. Cuando comenzamos una investigación, en muchas ocasiones ésta se inicia con un planteamiento analógico, es decir, realizamos una analogía entre dos culturas o sus atributos desarrollando así una hipótesis. Como ya hemos tratado, la analogía es una herramienta generadora de hipótesis pero, en ningún caso, se trata de una herramienta para su contrastación. Cualquier argumento, por muy válido que parezca en un inicio, debe de ser contrastado. Esta contrastación puede darse con un nuevo descubrimiento en la excavación arqueológica, por ejemplo.

5.2. Metodología fuera del ámbito general.

Superados ya la metodología y aspectos generales que encontramos dentro de la disciplina etnoarqueológica, pasamos a explicar la teorías específicas. Estas teorías son creaciones de autores concretos desarrolladas para el trabajo de la disciplina aunque no toda la comunidad científica las considera adecuadas para trabajar con ellas.

The Middle Range Theory o teoría del alcance medio.

El objetivo que Binford se planteaba con el desarrollo de dicha teoría era elaborar una serie de “reglas universales” que pudiesen convertirse en un catálogo de opciones a la hora de enfrentarnos a la interpretación del registro arqueológico. De forma que, con el tiempo,

encontraríamos explicaciones muy similares o incluso idénticas para problemas de registros arqueológicos dispares en espacio y tiempo, pero parejos en atributos, problemas y sus soluciones correspondientes.

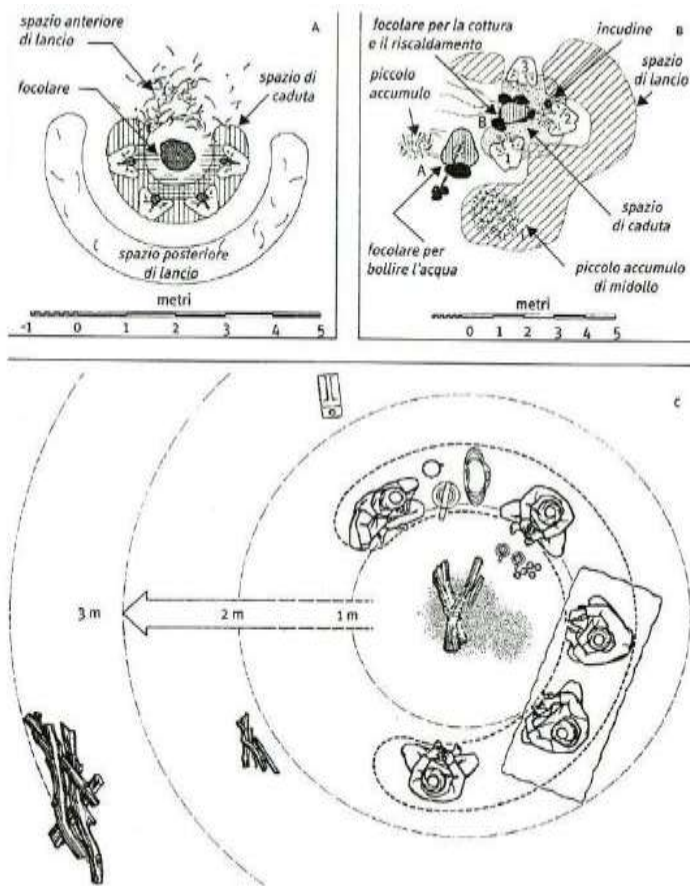


Figura 2, ilustración de Massimo Vidale sobre las teorías de Lewis Binford.

Una de las conclusiones que más llamó la atención de Binford, y que más afectó a su interpretación del yacimiento de *Pincevent*, fue el hallazgo de las llamadas “zonas de lanzamiento” (zonas *drop*). Con este concepto se refería Binford a lo que observó cuando los *Nunamiut* se sentaban en torno a la hoguera para realizar operaciones de extracción del tuétano, y se generaba una “zona de caída” (zona *toss*) allá donde se derramaban los fragmentos más pequeños producto de esta descarnación, esta zona se situaba en torno a los trabajadores. Sin embargo, encontró también una “zona de lanzamiento” tanto delante y a lo lejos de los trabajadores como detrás de ellos. Esta zona se correspondía a su vez con el lanzamiento de los huesos o fragmentos más grandes resultantes tras la descarnación.

Binford se dio cuenta del paralelo etnográfico que se crearía entre sociedades cazadoras-recolectoras, de lo que podríamos llamar el “proceder más conveniente”, cuando uno se sitúa en torno a un fuego (Renfrew y Bahn, 1993) También en relación a este “proceder más conveniente”, podríamos hablar de las teorías del mismo Binford, que explicaban la existencia de varios hogares repartidos en pequeños espacios. Leroi-Gourham interpretaba éstos conjuntos de hogares albergados debajo de una gran tienda que los cubría a todos. Sin embargo Binford explicó cómo, en el caso de los *Nunamiut*, también existían este tipo de conjuntos de hogares (Fig. 2), pero no tenían nada que ver con la existencia de tiendas, sino que cuando los habitantes de la tribu se reunían en torno al fuego y cambiaba el viento, los participantes de la actividad variaban su posición levemente para hacer un nuevo fuego a favor del viento (es decir, daban la

vuelta sobre sí mismos) En el caso de cambiar el viento de dirección de nuevo, realizaban otro hogar o volvían a su posición original.

En el libro de Kramer y David la encontramos ya diferenciada como *Middle range Theory from S to A*, haciendo referencia a: teoría del alcance medio desde un contexto Sistémico(S) a un contexto Arqueológico(A) (Kramer y David, 2001). Aunque a pesar de las muchas críticas recibidas, la Teoría del Alcance Medio de Binford sigue utilizándose hoy en día, si bien adaptándose a los tiempos modernos y no siendo reglas tan universales como a su autor le gustaría.

Cadenas operativas.

El concepto de cadena operativa conoce su acuñación en el seno de las investigaciones arqueológicas de la escuela francesa de los años 60 de la mano del arqueólogo Leroi-Gourham. Aunque a pesar de ser él, el concepto proviene de las reflexiones llevadas a cabo por Marcel Mauss y sus discípulos en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, relacionadas con el estudio de los procesos de manufactura y desarrollo del trabajo en poblaciones prehistóricas. La finalidad de estas investigaciones era la de adquirir conocimientos de los distintos pasos llevados a cabo en el desarrollo de un elemento de la comunidad, ya fuese una talla lítica, una tela de lino o el cultivo de este mismo por parte de la población.

Este concepto de cadenas operativas, ha sido utilizado, entre otros por el antropólogo Pierre Lemonnier, que realizó estudios en los años ochenta y noventa en relación a ellas. Si bien no podemos entenderlas exactamente como un método, suponen una revolución a la hora del estudio de las técnicas y desarrollo de los artefactos.

Con el término de cadenas operativas, los investigadores hacían referencia a cada uno de los pasos llevados a cabo en el desarrollo de un objeto o un bien de la comunidad y que aparecían sesgados en el registro arqueológico, encontrando siempre las partes de un todo. Es por esto que las cadenas operativas pronto comenzaron a ser estudiadas con la ayuda de paralelos etnográficos que contemplaran esos vacíos del registro arqueológico. Lemonnier planteó el análisis pormenorizado de cada una de las etapas de fabricación de un producto para así, a través del estudio de estas etapas, captar todos aquellos aspectos y características únicos de cada cultura, que normalmente estaban relacionados con la superestructura simbólica e ideológica de la misma.

La hipótesis principal del desarrollo de este concepto buscaba encontrar paralelismos entre el funcionamiento, la producción y el día a día de la comunidad, es decir, la cosmovisión de toda la comunidad que era imitada o representada en el seno de la cadena operativa de cierto producto. De tal manera que podemos observar casos variados desde el artesano que es repudiado por el resto de la comunidad, hasta el que es considerado como un chamán y es uno de los personajes más respetados por la tribu.

Uno de los aspectos en los que se observó la utilidad de las cadenas operativas fue a la hora de establecer la importancia de la mujer en cierto tipo de sectores de la economía de las culturas observadas y la influencia de sus religiones o mundo simbólico a raíz de la inclusión de la misma en ciertos procesos. Encontrando casos en Etiopía en el que la cocción de la cerámica es concebida como un símil de dar a luz o, por otro lado, casos en los que está prohibido que las mujeres se encuentren cerca durante la fundición del metal.

Transformaciones culturales y naturales de Michael Schiffer.

Las transformaciones de Michael Schiffer, *c-transform* y *n-transform*, revolucionaron el concepto de etnoarqueología aunque se aplicaron a la etnoarqueología del abandono, que explicaremos más adelante. Con las transformaciones culturales y naturales, Schiffer trataba de explicar el proceso por el cual un contexto sistémico pasaba a ser un contexto arqueológico. Es decir, como la cultura material de una población del pasado pasaba tras el abandono a formar parte del registro arqueológico que nosotros descubrimos en nuestros días.

Durante su estudio, se dio cuenta que la gran cantidad de factores que influían en el abandono podían resumirse en dos grandes grupos.

- *Natural Transforms*: aquellas que se producen a causa de los elementos naturales y que generalmente estudiará la tafonomía. Los procesos y transformaciones producidos bajo este grupo, serán por tanto estudiados por una gran cantidad de ciencias además de la arqueología, tales como la geología. Dentro de estas transformaciones naturales, encontramos una gran variedad de posibilidades que van desde el simple paso del tiempo, que cubre el registro arqueológico de tierra, hasta la manera en que afectan las condiciones climatológicas y geológicas a los restos, etc.
- *Cultural Transforms*: contendrá aquellas transformaciones provocadas por las acciones de los seres humanos. Por su misma naturaleza, estas transformaciones serán las que ocupen mayor atención de los investigadores de ciencias como la arqueología, ya que no será necesaria una interdisciplinaridad semejante a las transformaciones anteriores. Sus estudios versarán también aquí, sobre cuestiones muy diversas, tratando desde la motivación de los seres humanos a la hora de abandonar objetos, el porqué de ciertos objetos, o la forma en la que son abandonados (los saqueos, los depósitos deposicionales, etc.).

6. Etnoarqueología del abandono. ¿El culmen de la etnoarqueología?

La etnoarqueología del abandono es, sin lugar a dudas, el campo más trabajado en los últimos tiempos por la etnoarqueología. Seguramente por su intensa relación con el interés actual por la formación del registro arqueológico, aunque también es cierto que, “los procesos de

abandono de estructuras, asentamientos y regiones son un tema central de la etnoarqueología desde sus orígenes” (González Ruibal, 1998: 167).

El fuerte desarrollo de la etnoarqueología del abandono se debió al alto (y por otra parte lógico) nivel de interés adquirido por el conocimiento de la formación de yacimientos a través de la conversión de cultura material en registro arqueológico. Es decir, se basa en el principio igualmente lógico de que comprender cómo ha desaparecido una cultura o en lo que se han convertido sus artefactos, nos ayudará no sólo a obtener más información de la misma, sino a comprender sus modos de vida.

Michael Schiffer, es uno de los máximos exponentes de esta teoría y sus contribuciones han provocado que sea más utilizada e interesante para el resto de investigadores. Sus estudios se han centrado, por un lado, en la formación del registro arqueológico y por otro, en la naturaleza del desecho y sus implicaciones ideológicas y simbólicas para las culturas. Además, Schiffer realizó estudios sobre los procesos de abandono, recalcando actividades como: el ocultamiento de instrumentos, el desmantelamiento de estructuras y la interrupción de los modos normales de distribución de objetos, así como ideas de abandono planeado y no planeado, con retorno anticipado y no anticipado.

Junto con los procesos de abandono, el desecho es el otro gran campo de estudio a la hora de determinar procesos de formación del registro arqueológico. Entendemos como desecho aquello que el ser humano ha dejado de utilizar y ha separado de él, ya sea alejándolo de su zona de hábitat, o abandonándolo con la misma. En las siguientes apartados veremos las diferentes naturalezas que puede llegar a alcanzar este desecho, a pesar de que, como dice González Ruibal en sus estudios en Galicia, “Muchos de los estudios relacionados con la disposición de lo abandonado son demasiado obvios para que tengan un gran valor interpretativo” (González Ruibal, 1998: 169).

Para hablar del desecho nos es totalmente imprescindible recalcar la separación llevada a cabo por Michael Schiffer que ha influido en los estudios de todo el mundo desde su aparición. Realiza una división de tres categorías, basada en la naturaleza del desecho y en las “razones” por las cuales se prescinde de él:

-Desecho primario. Cuando un artefacto, tras ser desechado permanece en el lugar donde fue desechado. Esto es, por ejemplo, cuando un elemento cerámico se rompe y no son recogidos sus fragmentos, sino que se quedan en el lugar en el que se han roto.

-Desecho secundario. Cuando el artefacto es transportado tras su desecho a otro lugar. O en otras palabras, cuando el jarrón del ejemplo anterior es recogido y llevado a un lugar de desecho de residuos, como un basurero o, en el caso de ciertas culturas arqueológicas, un silo.

-*Desecho de facto*. Desecho que se ha convertido en residuo, no por ser desechado sino por abandono, aún con sus plenas facultades funcionales. Es decir, cuando el objeto es abandonado porque sus dueños han tenido que irse rápidamente, o porque sea difícil de transportar. Se trata de la categoría que engloba más posibilidades de las tres y es por tanto la más compleja, así como la más debatida y estudiada.

De esta manera, Michael Schiffer comenzó a abordar la temática del desecho y con él, la mayoría de la comunidad científica internacional. Aunque por supuesto esta clasificación no se encuentra exenta de debate, en torno principalmente al *desecho de facto*. Esto se debe a que la clasificación realizada por Schiffer es en ocasiones demasiado general, especialmente su tercer apartado, dado que en opinión de muchos investigadores no habría de medirse con el mismo parámetro un objeto abandonado por la necesidad de huir de un asentamiento de forma apremiante, que otro que simplemente quedó abandonado porque no merecía la pena cargar con él, o si ese objeto tras ser abandonado fue usado de nuevo en una segunda ocupación, dado que como Cameron y Stevenson señalaron “la mayor parte de lo que observamos es resultado de las actividades que se llevan a cabo durante las últimas fases de ocupación y abandono”.

En relación con los desechos, especialmente con el *desecho secundario*, encontramos muy interesante también la naturaleza de los vertederos o basureros. Entendemos como vertedero aquellos lugares a los que son llevados los objetos que han sido desechados y se alejan u ocultan de alguna manera de la comunidad. Son múltiples y muy variadas a su vez, las formas que puede adquirir un vertedero e irán ligadas a los materiales desechados. De tal forma que observamos como una práctica en cierta manera común el arrojar desechos de carácter orgánico a las mismas vías de paso interiores de los establecimientos, que poco a poco se irán acumulando en las zonas pegadas a las casas para facilitar el paso. Sin embargo, aquellos elementos que pueden ser más incómodos para su desecho en las calles, son arrojados en lugares más alejados de la comunidad, o donde estorben menos. Así nos encontramos con el curioso caso de los silos-vertederos, silos que han dejado de utilizarse en su función original y pasan a ser lugar de desecho hasta su colmatación. En este ejemplo de los silos podríamos hallar similitudes con las canteras cercanas a asentamientos, que documentan este tipo de uso muy comúnmente. En ambos casos podemos observar, lo que Schiffer denominó el “trash Market”, o lo que es lo mismo, la basura que atrae a la basura. “Parece claro que un espacio que entre en el concepto de ‘sucio’ generará una cantidad y tipo de materiales muy diferentes a uno considerado ‘limpio’” (González Ruibal, 1998: 181).

Por último, cabe destacar la última aportación realizada por Schiffer a la etnoarqueología del abandono en relación al desecho, lo que podríamos llamar la “vida” que puede llegar a alcanzar un artefacto. Los objetos son utilizados por los seres humanos desde su concepción hasta su desgaste, o al menos esto es lo que pensaríamos normalmente. La teoría de Schiffer nos hace reflexionar “[...] has again provided us with a useful terminology for describing cultural formation processes, together with flow models for durables and consumable elements” (Kramer y David 2001: 93). Schiffer nos propone con esto un esquema (Fig. 3) de la vida que puede llegar a alcanzar este tipo de artefactos, pasando por:

- Obtención. Recogida de la materia prima.
- Manufactura. Acción de trabajar la materia para que pase a ser un artefacto.
- Uso. Se somete al artefacto a la función para la cual fue concebido.
- Descarte. El artefacto deja de ejercer su función y finaliza su uso.
- Desecho. El usuario se deshace del artefacto.

Posteriormente, cabe la posibilidad de que sufra actividades de nuevo entrando en un segundo flujo de vida. En este momento el objeto puede sufrir modificaciones para sufrir actividades de:

- Reciclaje. El artefacto vuelve a la etapa de manufactura y es retocado para darle otro uso y poder seguir aprovechando su materia prima.
- Mantenimiento. Se somete al objeto a un trabajo continuo para evitar su deterioro.
- Ciclo lateral. Tras dársele su primer uso, el artefacto es utilizado para otra función, sin llegarse a producir una modificación de su forma original (no siendo la acontecida tras su primer uso).

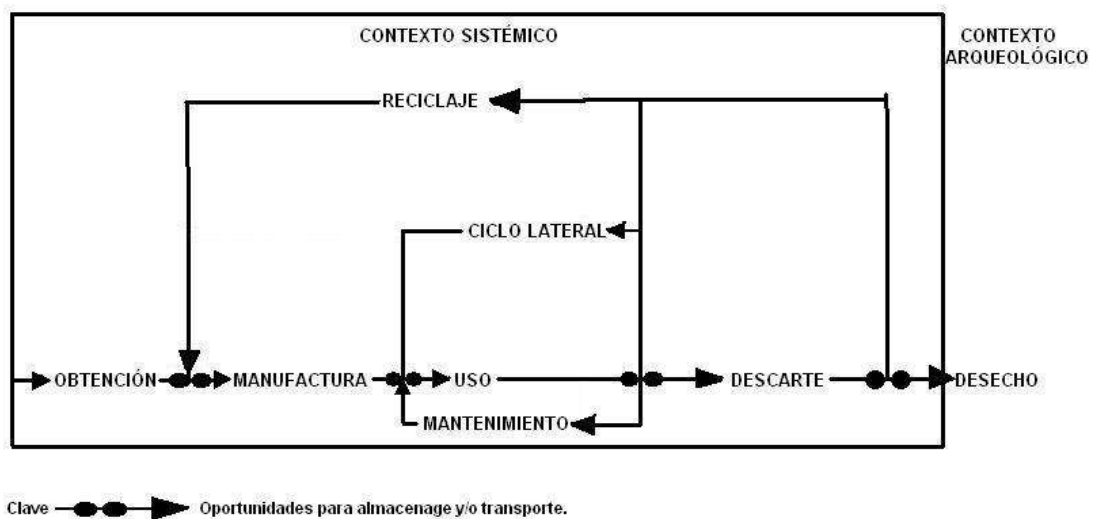


Figura 3, esquema de la vida de un objeto según Schiffer cf. Kramer y David, 2001.

7. Bibliografía:

- ALCALÁ ZAMORA, L. (2004) *La necrópolis Ibérica de Pozo Moro*; Universidad Complutense.
- ALONSO GONZÁLEZ, P. (2009); *Etnoarqueología y gestión del patrimonio cultural: Maragatería y Val de San Lorenzo*. Universidad de León, León.
- ARNOLD III, P. J. (2004) “La etnoarqueología como medición” en *Etnoarqueología de la Prehistoria: más allá de la Analogía*; CSIC, Barcelona: 33-41.
- BINFORD, L.; (1978) *Nunamiut Ethnoarchaeology*. Academic Press; Nueva York.
- FERNÁNDEZ, V. M. (2000); *Teoría y Método de la Arqueología*; Síntesis; Madrid.
- (2006); *Una Arqueología Crítica. Ciencia, Ética y Política en la Construcción del pasado*; Crítica; Barcelona.
- GÁNDARA, M.; (2004) “La inferencia por Analogía: Más allá de la analogía etnográfica” en *Etnoarqueología de la Prehistoria: más allá de la Analogía*. Barcelona; CSIC: 13-25.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A. (1998) “La etnoarqueología de los abandonos en Galicia. El papel de la cultura material en una sociedad agraria en crisis”; *Complutum*, 9: 167-191.
- (2003) *.La experiencia del otro. Una introducción a la etnoarqueología*. Akal, Madrid.
- HERNANDO GONZALO, A. (2004) “Etnoarqueología y globalización. Propuesta para una etnoarqueología estructuralista”. *Etnoarqueología de la Prehistoria: más allá de la Analogía*. Barcelona. CSIC: 25-33.
- IZQUIERDO BENITO, R. (2008); *La cultura material en la Edad Media. Perspectiva desde la arqueología*. Universidad de Granada; Granada.
- KRAMER, C. y DAVID, N. (2001). *Ethnoarchaeology in Action*. Cambridge University Press; Cambridge.
- ONRUBIA, J.; DELAIGUE, M.-C., AMARIR, A. y BOKBOT, Y. (2004): “Etnoarqueología de los graneros fortificados magrebíes: el *agadir* de *Id Aysa* (*Amtudi*, Marruecos).” En *Etnoarqueología de la Prehistoria: más allá de la Analogía*; Barcelona. CSIC: 161- 173.
- ONRUBIA PINTADO, J. (1987) “Prehistoria y etnoarqueología: Elementos para una reflexión epistemológica” en *Métodos y tendencias actuales en la investigación geográfica e histórica* (Estudios de Geografía e Historia, 1); Madrid, Facultad de Geografía e Historia, Universidad Complutense.

RENFREW, C. y BAHN, P. (1998) *Arqueología: Teorías, Métodos y práctica*. Akal; Torrejón de Ardoz.

SCHIFFER, M. (1987) *Formation processes of the archaeological record*; University of Mexico Press, Albuquerque.

TOOKER, E. (1978) *Proceedings of the American Ethnological Society. Ethnography by Archaeologists*. American Ethnological Society; Washington, DC.

VÁZQUEZ VARELA, J. M. (2000) *Etnoarqueología: Conocer el pasado por medio del presente*; Diputación Provincial de Pontevedra; Pontevedra.

VIDALE, M. (2004) *Che Cos'è L'etnoarcheologia*, Le Bussole, Roma.

VILA I MITJÀ, A.; (2004) “Propuesta de evaluación de la metodología arqueológica” en *Etnoarqueología de la Prehistoria: más allá de la Analogía*. Barcelona; CSIC: 61-77.



